

El intérprete como guía. Memoria y linaje en Recuerdos de provincia de Domingo Faustino Sarmiento

Hernán Pas

IDIHCS-CONICET - UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ABSTRACT

The present work inquire into Domingo Faustino Sarmiento's historical and biographical construction of his *Recuerdos de provincia*, appealing to the studies ricoeurianos concerning the narrative experience and the critical approaches on the biographical genre. At the same time, attending to the context of production, are examined the supposition assumed for knowledge letters in Latin America, as well as the contradictions and dilemmas that they show in his written forms.

Keywords: Sarmiento, Biography and literature, Lettered culture, Memory and politics.

El presente trabajo indaga la construcción histórica y biográfica de Domingo Faustino Sarmiento en sus *Recuerdos de provincia*, apelando a los estudios ricoeurianos en torno a la experiencia narrativa y a los enfoques críticos sobre el género biográfico. A su vez, atendiendo al contexto de producción, se examinan los presupuestos asumidos por el saber letrado en Latinoamérica, así como las contradicciones y dilemas que los mismos ostentan en sus formas escritas.

Palabras claves: Sarmiento, Biografía y literatura, Cultura letrada, Memoria y política.

El frágil vástago de la memoria escrita

*Hay quienes juzgan que este libro debe su autoridad a Sarmiento
y buena parte de su fama a la del autor; olvidan que Sarmiento,
para la generación actual de argentinos, es el hombre creado por este libro*

JORGE LUIS BORGES

Como el fisiólogo o el físico, el historiador americano, según aconsejaba Bello, debía procurar recuperar la fisonomía del tiempo pretérito a través de las singularidades del cuerpo biografiado. La vida de un Sucre o de un Bolívar, o la vida de una ciudad, concentraban en sí mismas las peculiaridades del drama histórico americano. En el marco de la disputa por los modos de reconstrucción del pasado nacional – disputa en buena medida incentivada por el mismo caraqueño durante los años de su regencia en la Universidad de Chile –, la historiografía venía así a explotar su vínculo con el tejido biográfico¹. Escribir la historia de las repúblicas nacientes era resucitar las figuras que, compendiadas por un linaje evolutivo, arrojaban sus sombras desde las ex colonias a las orillas cívicas de la independencia política. Sarmiento, biógrafo y publicista, se había interesado tempranamente en esa particular mixtura textual que permitía hablar de una historia mayor a partir de la reconstrucción biográfica de una figura prominente.

En efecto, existe una serie de textos que permite vislumbrar tanto los intereses letrados como los atributos que el sanjuanino otorgaba al género biográfico. Entre ellos, el primero, publicado en *El Mercurio* el 20 de marzo de 1842, ofrece las claves de su inclinación por el género: “La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época i pais dados, es el resumen de la historia contemporánea” (Sarmiento, 1909, I, p. 184). Pero el rasgo sobresaliente de una biografía es, para Sarmiento, su función didáctico-moral: “el compendio de los hechos históricos mas al alcance del pueblo i de una instrucción mas directa i mas clara” (*ibidem*, p. 185). Sarmiento llevará a los extremos, de manera desviada y hasta paródica, aquella sugerencia de Echeverría cuando en su *Ojeada retrospectiva* recomendaba “escribir la biografía de los que deban merecer honra y respeto de la posteridad” (Echeverría, 1972, [1846], p. 61); desviada porque su tejido biográfico fijó como protagonista a un caudillo-gaicho de la pampa argentina; paródica porque, tomando literalmente dicha sugerencia, se convertirá él mismo en objeto de “honra y respeto” para la posteridad. Perspicaz desplazamiento que la suspicacia borgeana, como muestra el epígrafe que abre este trabajo, valoró en su justo término. El carácter ejemplar de la vida de un gran hombre, señala Sarmiento, que logra compendiar los

¹ Me refiero a la disputa suscitada a partir de la presentación a la Facultad de Humanidades chilena de la Memoria de J. V. Lastarria, titulada *Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, en septiembre 1844. Bello, regente de la Universidad desde su fundación en 1843, reseñó y respondió esa Memoria, iniciando un debate que se extendería por lo menos hasta 1848, con la publicación de dos sendos artículos suyos sobre los modos de escribir y de estudiar la historia. (He abordado ésta polémica en mi trabajo “La escritura de la historia: polémicas *entramadas* en el cuerpo de la patria (Lastarria, Bello, Sarmiento y Alberdi)”, en: *El hilo de la fábula*, Santa Fe, Año 7, nro. 8/9, Universidad Nacional del Litoral, pp. 117-13).

intereses y hechos más importantes de su época es el mayor recurso de instrucción popular del que una sociedad puede disponer. Es conocida su admiración por la vida de Franklin quien, a su vez, como lo dice en este artículo, había sido influenciado por la temprana lectura de las vidas comparadas de Plutarco.

El interés del sanjuanino por el carácter modélico de la biografía se corrobora, asimismo, en la práctica de traducciones y publicaciones realizadas sobre distintos personajes históricos – por ejemplo, su traducción y edición de la *Vida de Jesucristo*, sus *Apuntes biográficos* sobre Aldao, editados por la Imprenta El Progreso y, por supuesto, su *Facundo* –. Ese interés de Sarmiento por lo “representativo” del género se hará manifiesto en las páginas de *El Progreso*, el periódico fundado por el sanjuanino en 1842 bajo el amparo del gobierno chileno. En el número correspondiente al 17 de enero de 1843 aparece una separata con el título “Biografía”, en la que Sarmiento anuncia que: “recorriendo nuestro prospecto [...], hemos notado que hasta hoy no se han insertado las biografías cortas de los hombres célebres que entonces prometimos y de que en adelante se registrarán en nuestras columnas” (*El Progreso*, 17/01/43, p 3). Y luego, expresando una vez más la connivencia entre historia individual e historia sociopolítica, agrega: “Los hombres salientes que han escrito su nombre en el gran libro de la humanidad, forman el esqueleto de la historia, que valiéndose de estos puntos de apoyo, demuestra la unión que existe entre la naturaleza y el hombre” (*ibidem*, p 3.). A partir de ese mismo número, el periódico comenzó a publicar una serie de textos biográficos, de distintos personajes históricos, los cuales, si al principio ocupaban apenas media columna del diario, con el correr de los números se irían extendiendo y ganando espacio, hasta llegar a ocupar una página entera o más, y llegando incluso a dominar el espacio del folletín².

Pero si para Sarmiento “la biografía es el libro más original que puede dar la América del Sur en nuestra época”, como sostiene en *Recuerdos de provincia*, (Sarmiento, 1970, [1850], p. 164), no lo es tanto por el hecho de entregar a la posteridad una personalidad distinguida – aunque haga suya, por supuesto, como lo había hecho en 1845 con el *Facundo*, la idea hegeliana del *Welthistorische Individue* –. La ambigüedad, incluso la ambivalencia fagocitada entre historia y ficción – el “frágil vástago”, como lo llama Ricoeur (1996, III, p. 997) –³, es de lo que Sarmiento, previendo los acontecimientos políticos que terminarían por derrocar a Rosas, parece aprovecharse en grado superlativo al publicar sus *Recuerdos*. El tejido biográfico que recaerá entonces sobre su propia persona se

² En efecto, el primero de la serie de esos “retratos” biográficos, referido al obispo Antonio Osorio de Acuña, se publica en ese mismo número del 17 de enero, y ocupa sólo media columna. Luego, a medida que la serie se extiende también se extiende el espacio que el diario le dedica a esas pequeñas biografías hasta, finalmente, mezclarse con la sección del folletín. Entre los personajes biografiados aparecen, entre otros, los nombres de Camilo Desmoulius (N° 69, 31 de enero), Juan Francisco, conde de Barras (N° 70, 1 de febrero), José Fouché (N° 72, 3 de febrero), Robespierre (N° 73, 4 de febrero), Lord Wellington (N° 83, 16 de febrero). Resulta interesante que en el número 111, del 21 de marzo de 1843 (es decir, dos años antes de que Sarmiento comience a publicar su biografía de Quiroga en esas mismas páginas), aparezca en la sección “folletín” un artículo titulado “Alf-Bajá (Cuadro de Monvoisin)”, en ensayo descriptivo-costumbrista basado, como se deja ver, en un cuadro del famoso pintor francés, que había residido en Argentina y después en Chile y retratado, entre otros, a Andrés Bello.

³ “El frágil vástago – dice Ricoeur –, fruto de la unión de la historia y la ficción, es la *asignación* a un individuo o a una comunidad de una identidad específica que podemos llamar *identidad narrativa*” (Ricoeur, 1996, Vol. III, pág. 997)

deslizará estratégicamente hacia la construcción histórica del retrato, evocando el pasado de modo más exhaustivo que en sus anteriores escritos biográficos. La personalidad de Sarmiento “crece” en su autobiografía por el espesor que en su memoria particular cobran los personajes y acontecimientos que se remontan hasta la colonia. De allí la figura de los linajes. La anamnesis subjetiva será evocada entonces con el mismo rigor que los documentos que sobre Facundo le enviaban, al otro lado de la frontera, sus archivistas.

“Su biografía de usted”

Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil

D. F. SARMIENTO

Es el primer ejemplo que se ofrece en nuestro país, tan abundante en hombres notables, de un republicano que publica doscientas páginas y un árbol genealógico para referir su vida

J. B. ALBERDI

En *La transparence et l'obstacle*, Satarobinski señala que el carácter de veracidad del pasado no parece inquietar el horizonte discursivo rousseauiano. El autor del *Contrato social* jamás se dirá, como Proust, que los sucesos olvidados ocultan una verdad esencial (Starobinski, 1957, p. 226). La escritura autobiográfica es así una mimesis especial. Mejor dicho: no es mimética, sino sentimental. Lo que garantiza una forma de verdad a los acontecimientos relatados es la certeza de haberlos vivido o de haberlos percibido como tales (Miraux, 1996, p. 55). La certeza de Sarmiento –la que quiere más bien que su lector comparta– es que esas páginas que ha “dictado la verdad” son también, y sobre todo, verdad histórica. Sarmiento vuelve insistentemente sobre el carácter histórico de la biografía: “Hay en ella algo de las bellas artes que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua” (*ivi*, p. 17). El *analogon* establecido con las “bellas artes” liga la escritura biográfica – y, en este caso, autobiográfica – con la idea de una escritura modelizadora o, en sus propios términos, estatuaria.

En octubre de 1858, cuando Sarmiento fue nombrado Director de Historia en Buenos Aires, sostuvo que la Historia no es “la sencilla narración de los humanos acontecimientos; es además una de las bellas artes, y como la estatuaria, no sólo copia las producciones de la naturaleza, sino que las idealiza y las agrupa armónicamente” (Sarmiento, 1899, XXI, p. 92). Como se ve, parece una declaración de principios de quien por entonces ya contaba con algunos escritos fundamentales como el *Facundo*, la vida del Aldao, los *Viajes*, y sus *Recuerdos*. En todos los casos, se vislumbra el horizonte factual de ese tipo de escritura: legar a la posteridad la tradición de una historia que se escribe modelando sus protagonistas y convirtiéndolos, como en un relato ficticio, en sus personajes. La relativa conciencia de Sarmiento sobre el carácter tendencioso que puede obrar en la reconstrucción del pasado así biografiado será uno de los elementos centrales en la configuración de la trama de sus *Recuerdos*. Sarmiento no intuye ese carácter inventivo, sino que revela el mejor modo de hacer uso del mismo⁴.

⁴ Silvia Molloy sostiene que Sarmiento apenas tiene una intuición del carácter problemático del ejercicio nemotécnico, de su rasgo fabulador o inventivo. Dice: “la intuición de que

En este sentido, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo han escrito un ensayo fundamental sobre los *Recuerdos* de Sarmiento (1997, pp. 103-160). La estrategia retórica del texto – visiblemente supeditada por el momento histórico de su aparición, como ya apuntamos – se configura mediante una práctica del montaje (en sentido moderno del término) que articula sugestivamente los distintos planos semánticos y va organizando la ejemplaridad de los “notables”, a la vez que plasma en dichas figuras un particular relato de la historia y de su propia figura. Sarmiento construye una genealogía ilustrada y, al mismo tiempo, la genealogía construye la imagen ilustrada de Sarmiento.

Ahora bien, si la pulsión romántico-naturalista había inscripto en la biografía de Facundo Quiroga el espacio para una prosopografía – descripción de las cualidades físicas del biografiado –, en la escritura de la propia vida Sarmiento recalará únicamente en la descripción etopéyica – aquella que se ciñe al orden moral del individuo –. Luminosa y útil, la etopeya sarmientina se remontará hasta los orígenes de la patria para colmarse con los artilugios de la ejemplaridad⁵. “Todos los hombres notables de aquella época –dirá en sus *Recuerdos...*– son como el dios Término de los antiguos, con dos caras, una hacia el porvenir, otra hacia lo pasado” (*ivi*, p. 72). En nombre de ese linaje patricio con el que Sarmiento se familiariza, podrá decir –y subrayar– que se crió hidalgo en medio de la pobreza. La moral, laica y burguesa, que rige esa singularidad ejemplar recibe de las figuras biografiadas la distinción de la formación intelectual que le imprime a su pobreza material el valor “espiritual” y ascético de un patricio ilustrado: “Pobres hombres los consentidos por la fortuna –dirá más adelante–, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Aristides” (*ivi*, p. 102).

El empeño por parte de Sarmiento de construirse un linaje patricio puede decantarse de su momento histórico –a la vez que dar cuenta de los valores de la época– si se lo contrasta con algunas de sus previas intervenciones públicas. Por ejemplo, en la polémica suscitada en torno a la publicación de *El Semanario de Santiago* sobre las tendencias del romanticismo en Chile, apenas un año antes de publicar *Mi Defensa*, Sarmiento discutía los aspectos formales de las obras de

autorretratarse, aun en nombre de la verdad lleva a la fabulación (...) es, en Sarmiento, tan sólo eso: una intuición. Llevarla más lejos estaba fuera de su alcance: su propósito era legar una estatua nacional, un *todo* recompuesto y coherente” (1996: 199). La conciencia que despliega Sarmiento de esa modulación estatutaria, que no se recorta únicamente de sus *Recuerdos* y que tiene varias enunciaciones, autoriza a pensar más bien lo contrario. Porque entiende el dominio figurativo de la palabra (auto)biográfica ese *todo* puede llegar a ser objeto de su escritura. Es algo más que notoria la similitud entre las palabras citadas del discurso que Sarmiento da en 1858 en el Ateneo y las del pasaje de sus *Recuerdos* citado más arriba.

⁵ El tema de lo *ejemplar* remite, como se sabe, a la tradición de la literatura medieval. En este sentido, el paso fundamental de los *exempla* medievales al registro autobiográfico está dado por los ensayos de Montaigne. En su *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Hans Robert Jauss se detiene en el análisis de lo que ese cambio supone para la función comunicativa de la experiencia estética (*catarsis*): “La nueva forma de ensayo, creada por Montaigne, que problematiza el *exemplum* en su doble función (la de la explicación de sentencias morales y la de ser un medio de demostración a la hora de convencer o disuadir de una decisión) inaugura, en el ámbito estético, una nueva experiencia de aquello que puede ser ejemplar para la vida del hombre. Las hazañas extraordinarias y los efectos de quien las realiza, que parcializan y monumentalizan en lo bueno y en lo malo una tradición secular de las historias, los procesos normales de la existencia y las situaciones íntimas de un hombre cualquiera, pertenecen, todas por igual, a la *humaine capacité*” (Jauss, 1986, p. 182).

teatro románticas mezclando en su diatriba cuestiones sociales para defender su postura –y volver, de paso, política una discusión pretendidamente literaria. Alrededor del *Ruy Blas* de Víctor Hugo, que presenta a “un lacayo locamente enamorado de una reina”, la crítica de *El Semanario* –que veía en esa representación un ejemplo nocivo contra los valores de la alta sociedad chilena– era refutada por parte del sanjuanino en los siguientes términos: “¿Qué quiere decir un lacayo que nunca ha sido mas que un lacayo? Querría que hubiese sido siquiera licenciado, o hidalgo, o rico, o qué querría que hubiese sido antes?” (Sarmiento, 1909, I, pp. 314-35 [subrayado mío]). Y más adelante: “no sabe que la mayor parte de los hombres de jenio han nacido lacayos” (ídem). Parece claro que las ideas que lo retratan en *Mi Defensa* se ajustan a esos primeros años de su formación, donde la polémica, como muy bien argumentó Stuvén (2000), no imponía amenazas inminentes contra los valores establecidos de la sociedad chilena, mientras que en 1850 el retrato de sus *Recuerdos* para volverse simbólicamente efectivo debe incluir la distinción de una prosapia hidalga, cuyo linaje se remonta a los prohombres ilustrados de la república.

Porque 1850, el año en que Sarmiento publica, además de sus *Recuerdos*, *Argirópolis* –dedicado a Urquiza–, es un año clave para los programas y, como agudamente señaló Alberdi, las “candidaturas”⁶. Como muestran Sarlo y Altamirano, del relato confeccionado por sus *Recuerdos* la figura de Sarmiento se erige como un producto, el *más patriota*, de la tradición nacional. Me voy a detener, entonces, en algunos aspectos de esa ejemplaridad relacionados con la construcción de la figura letrada y sus modelos, así como de las estrategias empleadas en la constitución de su autoridad.

El traductor caníbal, el intérprete americano

*En mi vida tan destruida, tan contrariada, y, sin embargo,
tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble,
me parece ver retratarse esta pobre América del Sur*
D. F. SARMIENTO

En ese pasaje de la pobreza material de origen a la riqueza intelectual confluyen distintos planos. Aquí nos detendremos sin embargo en el de las lecturas, porque entendemos que es fundamental en el tipo de función letrada que representa para los criollos hispanoamericanos. Las lecturas fueron para Sarmiento el modo de independizarse de los modelos culturales de las viejas tradiciones coloniales, principalmente escolásticas. Frente a esos modelos perimidos la crítica, cuya retórica organizó medularmente las publicaciones periódicas de finales del '30, se dirigirá fundamentalmente hacia la ética del compromiso:

Los predicadores nos proponen los santos del Cielo para que imitemos su virtudes ascéticas y sus maceraciones; pero por más bien intencionado que el niño sea, renuncia desde temprano a la pretensión de hacer milagros, por la razón sencilla de que los que lo aconsejan se abstienen ellos mismos de hacerlos (*ivi*, p. 98).

⁶ “Pero su biografía de usted no es un simple trabajo de vanidad, sino el medio, muy usado y muy conocido en política, de formar la candidatura de su nombre” (Alberdi, 1920, V, pp. 175-176).

Sarmiento, lector de la Biblia, critica la no correspondencia de una moral ascética con una ética secular alejada de los valores tradicionales de la Iglesia. La degradación de los valores religiosos ya había sido señalada en su *Facundo*. En materia de ejemplos, por lo tanto, su modelo será otro: en lo que concierne al aprendizaje, el *Emilio* de Rousseau dará la clave; en lo político, Franklin, pues él mismo se “sentía” un Franklin sudamericano. En esos relatos Sarmiento inscribe su propia trayectoria imaginaria. La lectura será, entonces, un modo de apropiación. Y en esa apropiación la traducción, como ha señalado Sylvia Molloy (1996), cuenta como eslabón programático del ejercicio letrado en América. Si escribir es transcribir, la traducción fusionará sus dos sentidos potenciales: traducir será el modo de ejercer un tipo de lectura que, de acuerdo al sistema de citas desplegado en el *Facundo*, se presentará como apropiación y, al mismo tiempo, como desvío. Incluso, llevando al extremo la fórmula de la apropiación indisciplina⁷, esa apropiación podrá llegar a ser plagaria. Dice Sarmiento: “sobre el deán Funes ha pesado el cargo de plagario, que para nosotros se convierte, más bien que en reproche, en muestra clara de mérito” (*ivi*, p. 86).

Leer para Sarmiento es, entonces, transcribir, traducir: “Para los pueblos de habla castellana, aprender un idioma vivo es sólo aprender a leer” (*ibidem*, p. 126). Él mismo relata sus experiencias de lector asiduo de textos de idiomas extranjeros, en un *crescendo* que roza lo fantástico: “Traduje a volumen por día los sesenta de la colección completa de novelas de Walter Scott, y otras muchas obras que debí a la oficiosidad de Mr. Eduard abbot” (*ibidem*, pp. 126-127). Esa “codicia”, como llama el propio Sarmiento a su práctica lectora, da cuenta de una necesidad de apropiación que cifra en sí misma los mecanismos del saber letrado en América. En todo caso, la lectura traslaticia nunca puede ser neutra. Como apuntó Silvia Molloy, esa lectura es una traducción que es “artefacto textual, simulacro del original, *libro diferente*. Por muy ‘correcta’ que a Sarmiento le haya parecido su manera de leer, sin duda tenía conciencia de que leer es modificar” (Molloy, 1996, p. 39). El canibalismo textual al que remiten estas palabras de Molloy refiere a un tipo de práctica letrada que, para el caso de Sarmiento y los integrantes de la generación romántica, se erige ante la necesidad de llenar un vacío. Pero en el manejo excéntrico del archivo europeo, en el que se inserta esa lectura traslaticia cuyo emblema representa el famoso refrán italiano *traduttori traditori*, el letrado criollo es consciente de que el uso marginal de ese saber implica asimismo la posibilidad de un enriquecimiento⁸. En el número inaugural de *El Progreso*, esa conciencia es asumida por el redactor cuando vaticina la importación de folletines franceses y españoles:

Pudiendo sin jactancia decir desde ahora que en esta parte nuestro diario aventajará a los más afamados de Europa i América, por la razón mui obvia de que siendo uno de los últimos periódicos del mundo, tendremos a nuestra

⁷ Ver, al respecto, el clásico ensayo de Julio Ramos (1989): “Saber del *otro*: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento”.

⁸ Discutiendo una conocida tesis de Ricardo Piglia (“Notas al *Facundo*”, publicado en *Punto de vista*, núm. 8, 1980), acota Ramos: “Sarmiento no sólo ocupa, sino que maneja, un lugar subalterno con respecto a la biblioteca europea” (Ramos, 1989, p. 23). Y más adelante: “La labor del ‘pobre narrador americano’ acaso resultara ‘indisciplinada’ o ‘informe’ (atributos de la barbarie. Pero esa ‘espontaneidad, esa cercanía a la vida, ese discurso ‘inmediato’ era necesario para representar el ‘mundo nuevo’ que el saber europeo, a pesar de sus propios intereses, desconocía” (*ibidem*, p. 24).

disposición i para escoger como en peras, lo que han publicado todos los demás diarios, i vistiéndolo de ropa ajena, véngale o no le venga al cuerpo, lo haremos salir a la calle mas mono i mas engalanado que cada uno de aquellos separadamente. (*El Progreso*, 10/11/42, p. 1, Sección "Folletín")

La condición marginal es reconvertida de este modo como una situación ventajosa. El hecho de ser el "último periódico del mundo" facilita el mecanismo de la apropiación cultural. Nótese incluso que el tono marcadamente irónico con el que termina la frase ("vistiéndolo de ropa ajena, véngale o no le venga al cuerpo, lo haremos salir a la calle") no deja de referir sin embargo la situación concreta del tráfico cultural entre el norte y el sur de ambos continentes. Excéntrico, pretendidamente "salvaje", el uso del saber que hace Sarmiento a través de sus lecturas traslaticias implica al mismo tiempo la localización de esa praxis en el terreno político. El traductor oficiará a través de ese uso el pasaje del terreno literario o libresco al terreno político, lo que en su autobiografía servirá para colocarse en el lugar del mejor exégeta de los conflictos y proyectos políticos: "Por otra parte, yo he sido el intérprete de los deseos de la parte pensadora de mi país" (Sarmiento, 1970, p. 53). Cartógrafo de ideas, el traductor es el mejor lector. No es casual que Sarmiento reproduzca en sus *Recuerdos* el discurso pronunciado once años atrás cuando, en San Juan, se inauguró el "Colegio de pensionistas de Santa Rosa". Esa frase, que pone en escena un programa político, se complementa con la práctica del acopio de lecturas del letrado que se empeña en el traslado de la modernidad a través del impulso de su escritura: "Buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, *traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano*" (Sarmiento, 1970, p. 129).

Como hemos podido observar, entonces, la figura intelectual que Sarmiento ofrece en sus *Recuerdos* se sostiene no tanto en la construcción de un linaje selectivo –aunque en parte, desde ya, esto sea así– sino más bien en la construcción figurativa del autodidacta, aquél que maneja con suspicacia y agudeza las herramientas del saber occidental –específicamente el saber letrado y los dispositivos de la traducción–, y que puede por ende deslindar e interpretar los intereses sociales en pugna, es decir convertirse en guía de esos mismos intereses.

Coda. "Sabios y no labriegos"

Si en el *Facundo* el programa civilizador de Sarmiento despuntaba bajo el tópico de "educación popular", la trama de sus *Recuerdos*, en cambio, a la par de modelar su propia figura como la de un patricio ilustrado esboza, como suplemento, una formalización política e ideológica de las jerarquías otorgadas por la letra:

¿Habéis oído resonar en el mundo otros nombres que los de Cobden, el sabio reformador inglés; Lamartine, el poeta: o los de Thiers y Guizot, historiadores, y siempre por todas partes, *en la tribuna, en los congresos, en el gobierno, sabios y no labriegos o pastores rudos*, como los que vosotros habéis armado del poder absoluto para vuestro daño? (*ivi*, p. 38)

“Sabios y no labriegos”: el saber sobre la república se recorta de esa genealogía ilustrada en la que Sarmiento se sitúa como el hijo predilecto. Desestimando la épica bellista, quien en su “Agricultura de la zona tórrida” había trazado el paradigma neo-*virgiliano* en el que el hombre del arado dominaría la escena americana, Sarmiento postula sin tapujos la distinción del letrado. O, mejor dicho: develando lo que el poema de Bello encubría retóricamente – esto es, que en ese programa la mano de la azada no correspondía nunca con la mano de la pluma –, Sarmiento parece ser rotundo en su evaluación del poder que confiere la letra (cfr. Rama). Si el linaje de los Oro se transforma en la escritura autobiográfica en el oro del linaje (Rosa, 2004, p. 131), la etopeya sarmientina confirma en ese pasaje la lógica del humanismo republicano que convierte el origen ilustrado en el *don* emblemático de la clase patricia. Pasaje y conversión que organiza valores y estrecha límites (políticos, sociales, culturales) en la formación del estado liberal argentino.

Bibliografía

- ABERDI, Juan Bautista. *Cartas Quillotanas*, in: *Obras selectas*, Tomo V. Buenos Aires, La Facultad, 1920 [1852].
- ALTAMIRANO, Carlos y Beatriz SARLO. “Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de Provincia*” en *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997. (pp. 103-160).
- BOURDIEU, Pierre. “La ilusión biográfica”. *Cuadernos de literatura* N° 9 traducción de Adriana Blajos (originalmente, en: “Actes de la Recherche en Sciences Sociales”, n° 62/63), 1998. (pp. 5-16).
- ECHVERRÍA, Esteban. *Obras completas*. Buenos Aires, Antonio Zamora, 1972.
- JAUSS, Hans Robert. *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*, Madrid, Taurus, 1986.
- MIRAUX, Jean-Philippe. *La autobiografía. Las escrituras del yo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.
- MOLLOY, Silvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- RAMOS, Julio. “Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento” en *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 2003 [1989].
- RICOEUR, Paul. “De l’interprétation” en *Du texte à l’action. Essais d’herméneutique II*, Paris, Seuil, 1986.
- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración*, Madrid, Siglo XXI, tres tomos, Vol. I, 1995, Vol. II, 1995, Vol. III, 1996.
- ROSA, Nicolás. “El oro del linaje”, in *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2004. (pp. 82-140).
- SARMIENTO, Domingo F. [1850]. *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Salvat Editores, 1970.
- SARMIENTO, Domingo F. *Viajes por Europa, África y América, 1845 – 1847*, Edición Crítica al cuidado de Javier Fernández y Paul Verdevoye, Colección Archivos, Alca XX, Ediciones Unesco, 1996.
- SARMIENTO, Domingo F. [1852]. *Campaña en el Ejército Grande*, Edición, Prólogo y notas de Tulio Halperin Donghi. México, Buenos Aires, FCE, 1958.
- SARMIENTO, Domingo F. *Obras*, tomo I, Paris, Belin Hermanos Editores, 1909.

SARMIENTO, Domingo F. *Obras*, tomos XXI y XXVI, Buenos Aires, Belin Sarmiento Editor, 1899.

STAROBINSKI, Jean. "Les problèmes de l'autobiographie" in *Jean-Jacques Rousseau. La transparence et l'obstacle*, París, Librairie Plon, 1957.

STUVEN, Ana María. *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 2000.

Periódicos consultados

El Progreso, Santiago de Chile, [1842-1845].

El Zonda, San Juan, [1839]. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, con "Prólogo" de Juan Pablo Echagüe, Buenos Aires, Kraft, 1939.

Hernán Pas

Doctor, licenciado y profesor en Letras por la Universidad Nacional La Plata (Argentina), donde trabaja como docente de Literatura argentina, e Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Es autor de los libros *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)* (2008), *Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y de La Crónica (1849-1850)* (2013), y como editor de la reedición de *El Recopilador* (1836), ediciones de la Biblioteca Nacional (2013) y del volumen *El romanticismo en la prensa periódica rioplatense y chilena. Ensayos, críticas, polémicas (1828-1864)*, (2014), Biblioteca Virtual Orbis Tertius.

Contacto: hernan_pas@yahoo.com

Recibido: 21/06/2015

Aceptado: 12/12/2015